

Cantos de pluralidad en la religión afrocubana

Rodolfo R. Bofill Phinney

Periodista

Cubano. Residente en Estados Unidos

Que al igual que otros años existan dos letras de adivinación en Cuba y que cuatro orishas gobiernen 2010: Obbatalá y Yemayá como regentes; Oyá y Changó de acompañantes, ni esparce la desconfianza ni quebranta la fe ni maquilla los peores pronósticos.

La pasión por lo mágico manda en ellos. No son disidentes ni opositores pro derechos humanos. Tampoco se parecen a los blogueros de la Isla ejerciendo la netocracia. Ellos son sacerdotes de la religión afrocubana y sólo al comenzar el año disparan sus predicciones, la Letra (u *Oddún*) adivinatoria que registrará para los próximos doce meses, inquietantes certezas humanas y divinas, que cada vez molestan más al régimen.

Son dos augurios paralelos que, en su interpretación, exhalan magia y también angustia: el de la Comisión Organizadora de la Letra del Año «Miguel Febles Padrón» y el de la Asociación Cultural Yoruba, considerada más afín al gobierno por el lenguaje, los silencios y sigilos de sus advertencias y consejos. Pero ambas representan voces de una misma penuria y protestan en oración, con más o menos tempera, tratando con dioses intranquilos.

No sin antes reivindicar su condición de consejeros espirituales, los miembros de La Comisión Organizadora de la Letra del Año congregaron ardientes vaticinios: cambios rotundos de orden social, traición y usurpa-

ción de derechos en las altas esferas de gobierno, golpes de Estado o bruscos cambios de sistemas políticos, alto índice de muertes de personalidades públicas y aumento en la lucha por el poder (político y religioso), así como el peligro latente de guerras e intervenciones militares. Para espantar el laberíntico pronóstico recomendaron hacer *Ebbó*, pactos, ofrendas y ceremonias, de sacrificio o de purificación, para ahuyentar espíritus oscuros y enamorar o despertar excitación y alegría en las deidades caprichosas, pero apegadas a la gratitud, que gobiernan 2010.

Para los días inconcebibles del ahora cubano, donde ya no hay capacidad para contar otra historia, la encomienda fue bien terrenal: «Respeto a las decisiones de la mayoría y las opiniones de las minorías», «organización» e «ir a la búsqueda de nuevas reformas». Uno de esos *babalawos* que practica sucesivas lealtades tensó el arco de Ochosi, la deidad certera, y apuntó a las arrugas de la Revolución, al fantasma del relevo generacional. Para Víctor Betancourt, el signo *Babá Ejiogbe* habla de renovación, de la importancia de que las viejas generaciones brinden su experiencia a los jóve-

nes y los dejen actuar, convencido de que el tiempo otorgado a los mortales no es infinito.

Al abordar el mundo sitúan al ser humano en él, ponderando un conjunto de ideas de cómo una vida debe ser vivida en medio de nuevas crisis económicas, agravamiento del riesgo ecológico y la confusión política cada vez mayor. Y predicen con libertad, con el derecho de decirle a cualquiera lo que no quiere oír.

Las vidas cotidianas de Roberto Boulet son estadounidenses, pero su casa-templo es cubana. El *babalawo* de Maryland se empapó la cabeza con leche y manteca de cacao horas antes de que finalizara 2009. Fue la obra más simple que le marcó el orisha adivinador, Orula, sincretizado en el catolicismo como San Francisco de Asís, para afrontar las amenazas y maldiciones de 2010. Luego se zambulló en el estudio e interpretación de las dos letras de adivinación de la Isla.

«Tienen coincidencias y se interrelacionan en la oración profética *Iré Arikú*. (*Iré Arikú Oyale Tesi Lese Olofin*, la de la Comisión Organizadora; e *Iré Arikú Lowo Orunmila* por la Asociación Cultural Yoruba). Un año signado por un bien o beneficio de larga vida, de salvación, que lo propicia Orula y quien está en el Palacio», terció Boulet alzando los brazos y echando los ojos al cielo para pedir la bendición de Olordumare, tal como llaman al Altísimo en el culto afro cubano.

Y hay sucesos en los que se complace el azar. La profecía llega puntual con un proyecto que impulsa un estudioso del tema en Washington D. C., a efectuar una ceremonia de la religión de los orishas ante la Casa Blanca, intentando ponerle magia propiciatoria a la reconciliación entre Estados Unidos y Cuba. Un propósito iluminado por la presencia de una familia afroamericana en el *Ilé* o la casa presidencial, en el palacio más importante del mundo.

Un culto que, con su mitología y sus nostalgias, viejo como el mundo, no busca remover el cielo con ponzoña y juramentos oscuros. «Orula es buen consejo. ¡Y Orula no se equivocal!», dijo el sacerdote Roberto Boulet, para quien los refranes de ambas letras están cuajados de presagios: “Rey muerto, Rey puesto”, “Cuando el padre de la familia muere hay desolación”, “La cabeza lleva el cuerpo y un solo Rey gobierna el pueblo”, “Todos los animales no se atan por el cuello”, “Las palmas jóvenes crecen más altas y más frondosas que las viejas”.

Las derivaciones de la interpretación mediática encontraron de inmediato coincidencias entre los vaticinios de los *babalawos* cubanos y los fogonazos para 2010 lanzados con anterioridad por la revista *Newsweek*. Sin ofrecer resquicios de santos o estrellas, la publicación dijo que el enfermo líder Fidel Castro morirá este año y descargó también sobre los patios de vecindad, adelantando un nuevo intento golpista contra el presidente venezolano Hugo Chávez.

Sólo días después del oráculo de los santeiros salió a la luz una singular revelación periódica de la fe de vida de Castro, quien a los 83 años aún sigue estando de buena gana en el mundo; pero esta vez, una imagen en silla de ruedas certificó su invalidez. Y desde otro paraje, un pintoresco Chávez blandió su verbo, advirtiendo que dará una respuesta «radical» a quienes intenten un cuartelazo.

Chávez sabe de *babalawos* anticipando líos y sus consecuencias. Fue precisamente un sacerdote cubano de la Regla de Ocha, el Olofista Hermes Oturazá, con su signo de Ifá como apellido, quién en una vista de Orula, con la cadena adivinatoria del orisha, el *ékuele*, predijo la victoria electoral de Chávez y lo puso a salvo del golpe de Estado de 2002 y de una prisión larga.

El propio Obá, Oturazá, reveló a Roberto Boulet las obras que preparó para su ahijado Hugo Chávez, a quien entregó los guerreros (la unión de los dioses afrocubanos Elegguá, Oggún, Ochosi y Osun) para librar duras batallas y vencer. Una ofrenda de envergadura, el sacrificio de un temible cocodrilo, pidió el dueño del océano, el poderoso Olokun, quien una vez complacido se encargó de devastar la marejada golpista librando al coronel Chávez de la letra de cárcel.

La percepción de Ramón Martínez, con 18 años consagrado en la Regla de Ifá, es que lo esencial en la letra del año ni se dice ni se ve, tal como sucede con la teoría del *Iceberg*, creada por el famoso escritor Ernest Hemingway. Todo permanece un tanto oculto en el planteo de metáforas y luego es construido por la interpretación de los sacerdotes. El mismo Orula, discreto y paciente, prefiere espacios sin mucha iluminación.

En la solemne ceremonia para determinar la letra del año y los santos gobernantes participan cientos de sacerdotes, quienes aportan su claridad y sabiduría. Los representantes de Orula en la tierra otean el horizonte con el sistema adivinatorio más complejo de Ifá, que utiliza los *Ekine* (*Ikine*), la semilla o nuez de palma cargada de magia, receptáculo y representación (o fundamento) de la deidad de las profecías. En esta liturgia se *tefea*, término con el que se conoce el talismánico ritual particularmente acertado. Por eso a Martínez no le sorprende que algunas predicciones acusen una topografía exacta.

Que al igual que otros años existan dos letras de adivinación en Cuba y que cuatro orishas gobiernen 2010: Obbatalá y Yemayá como regentes; Oyá y Changó de acompañantes, ni esparce la desconfianza ni quebranta la fe ni maquilla los peores pronósticos. En los dos textos colabora el azar recurrente y los *Ikines* tintinean esperanza, porque late la idea

del cambio, de desactivar entuertos para detener el revolucionario descenso de la Isla a los infiernos. Y para el sacerdote de Miami, en esa diversidad hay riqueza y cierto encanto esencial, sin traicionar la inevitable complejidad humana.

La fe no debe ni puede ser un campo de batalla para dirimir razones políticas, que suelen ser siempre las más irracionales. Mezclar creencias con miserias humanas es como vender principios a un muerto oscuro y padecer la neurosis, el desorden psicológico, de quienes siempre piensan que le echaron una brujería. Cualquier espacio de convicción religiosa debe ser remanso de conciliaciones para el espíritu, donde encuentren sitio todas las almas.

Detrás de este oficiante cubano de Regla de Ocha habitan espíritus de toda clase, que sueñan con él y más allá de él. Se consagró en La Habana como sacerdote de Ifá en la conocida familia religiosa de Miguel Febles Padrón, en el lugar que se conoce como La Casona, donde la misma Comisión Organizadora que en la Letra de este año determinó como divinidad regente a Obbatalá, la santísima Virgen de las Mercedes en el catolicismo, y ángel de la guarda de Ramón Martínez.

Quienes en la Isla prestan atento oído a la religión de los orishas saben que estas predicciones se tornan cada año más complejas en su credibilidad, ante un prolongado entorno de sufrimientos. Es una realidad, donde se hace, se dice y se vive lo que no se siente; la consecuencia es la pérdida de la esencia de ese hombre o mujer, que abraza una fe y sueña con un sereno porvenir.

No se avizoran tiempos calmos. «Ifá cantó fuerte», asestó en La Habana la escritora Natalia Bolívar Aróstegui, una de las más respetadas estudiosas de los cultos afrocubanos, seguidora fervorosa del legado académico de grandes investigadores cubanos como Lidia Cabrera y Fernando Ortiz.

Las sospechas flotarán sobre la Isla durante todo el año. Los oficiantes de la Santería predicen con un poco de emoción, como retando a la fatalidad, pero conocen el paño y dan sus consejos con la certidumbre que no serán seguidos por muchos, en particular por quienes deciden en el Palacio. Las creencias e inclinaciones religiosas son expresión de la riqueza de lo humano y quienes creen en este culto saben de la oscura y trágica convicción de que el hombre es también artífice de su propia desdicha.

Como espacios de naturaleza virgen, con versos vigorosos, rezos, fábulas y leyendas clavadas en la memoria subsiste en Cuba el pensamiento mítico-mágico-religioso lucumí o yoruba, que llegó a la Isla con los esclavos africanos que trajo el colonialista español.

Yorubas y griegos veían dioses por todas partes, porque adoraban más de 400 deidades. Una mezcla de pesadilla y fascinación que en la Isla del Caribe adquirió particular fortuna para convertirse en la Santería, con su oráculo

poderoso. Un sistema adivinatorio de 256 *Odu* o signos, que trasciende los mandamientos filosóficos generales de otras religiones, al revelarle al individuo como esta siendo visto por Olofi, Dios Supremo en el panteón de Regla de Ocha.

Hay una típica pretensión de validez, infalibilidad y universalidad en cualquier religión, pero también es cierto que nada ha logrado erradicar del cerebro humano su frenética curiosidad ante lo desconocido. Y un oráculo que responde a nuestras preguntas nos hace ver nuestras culpas y lacras personales, y nos sirve de guía en la vida, tiene llaves de luz.

Son augurios afinados de quienes profesan esa fe incansable, que bien puede no ser una vanidad, sino la conciencia de que en cualquier hombre existe una divinidad. Y con cierto desdén o algo de generosidad, los inescrutables orishas conceden oportunidades en la vida, y ya después, inmediatamente después, ocurre lo inexplicable, que potencia la capacidad de los seres humanos para salvar su destino.